

APÉNDICE

LUGAR DEL JUDAÍSMO EN LA HISTORIA DE LA CIVILIZACIÓN

1. Los judíos, primer pueblo civilizado del mundo antiguo.—Si consideramos los puntos de vista en que se colocan los historiadores de la civilización para juzgar el esplendor y los progresos de un pueblo, no nos asombraremos de que la concepción histórica de un Bossuet y de otros espíritus semejantes haya sido rechazada y mirada como falsa, porque hace de los judíos el punto céntrico de la antigüedad. ⁽¹⁾ Verdad es que los antiguos hebreos no tejieron la muselina más fina, ni cultivaron la viña, ni criaron los mejores caballos, ni se dedicaron á la escultura, ni casi á la pintura. Los fenicios entendían mucho mejor que ellos la navegación, y los griegos les eran incomparablemente superiores en el juego; los babilonios construían edificios con los cuales no era posible comparar los suyos, y los romanos cultivaron la industria de las armas por modo mucho mejor que ellos. Si fuese verdad que la civilización se mide por el consumo de jabón, los bárbaros germanos, no obstante sus bellotas y sus pantanos, estarían á la cabeza de la antigua civilización. Y si fuese preciso creer en la afirmación moderna de que la predilección por los perfumes es el criterio supremo de una civilización distinguida, tendríamos que adjudicar á los indios y á los compatriotas del Apóstol San Pablo, á los habitantes de Tarso, la gloria de haber sido los precursores de la civilización en la antigüedad. Pero si las concepciones de Büch-

(1) Carrière, *Die Kunst in Zusammenhange der Culturentwicklung*, (1) V, 116.

mer y de Carlos Vogt prevalecieran, este honor sería propiedad incontestable de los sibaritas, y quizás de los persas, en los años que precedieron á Alejandro.

De hecho, si uno se sirve de semejantes medios de apreciación, claro es que el pueblo de Dios casi no puede entrar en comparación con cualquiera de los pueblos más importantes de la antigüedad. Sin embargo, confiamos en que hay espíritus que considerarán siempre al mundo con más seriedad y que examinarán más á fondo su cultura.

Sin duda alguna, preciso es tener en cuenta otras cosas cuando se quiere dar un parecer exacto sobre una civilización. Así es como, á juicio de los críticos de la antigüedad, la arquitectura ocupa el primer lugar entre las artes puramente exteriores. Que los hebreos no son los últimos, considerados desde este punto de vista, es un hecho generalmente admitido. Pero si se establece una comparación entre la cultura intelectual de los antiguos pueblos, los judíos ocupan inmediatamente uno de los puestos más distinguidos. Desde que Herder ha abierto los ojos al mundo sobre lo grandioso en poesía, nadie que haya recibido cierta cultura vacilará en conceder, entre los ensayos de este género de todos los demás pueblos, la palma á la poesía religiosa, lírica y didáctica del Antiguo Testamento. Quizás el pueblo judío no desarrolló la ciencia del derecho hasta el punto de hacer de ella un edificio artístico como los romanos de los últimos tiempos, pero sus tribunales fueron sin contradicción los que ejercieron el derecho del modo más humano en la antigüedad. En ningún otro pueblo antiguo fué la justicia tan moderada por la equidad; en ninguno, la conciencia, la libertad, el honor de todos, aun del más pequeño, fueron protegidos por manera más inviolable; en ninguno fué más dulce la servidumbre y más tolerable la esclavitud.

Pero lo que ante todo debe medir la civilización de un pueblo, así la base como la cima de toda nobleza de espíritu, es la idea de Dios. Si es verdad, pues,—y nadie lo ha negado—que los judíos en sus concepciones religiosas,

se elevaron incomparablemente por encima de los otros pueblos más civilizados que existieron antes del Cristianismo, la cuestión de saber si debemos concederles el primer puesto entre los antiguos pueblos civilizados, se resuelve por sí misma. ⁽¹⁾

2. La civilización judía no es puramente natural.

—Esto en manera alguna significa un rebajamiento para los demás pueblos. Sabios hay que no cesan de repetir la frase de Renán, de que los semitas, y, en particular, los judíos, fueron los primeros en creer en Dios, porque fueron superiores en perspicacia á todas las tribus de la tierra. Esos sabios deben justificarse del doble reproche de haber pisoteado la historia y el honor de los otros pueblos civilizados. Nadie se opondrá más decididamente que nosotros á su manera de ver.

Es falso que los judíos fuesen los primeros en creer en un Dios único; esta fe existía en el mundo mucho antes de que hubiese semitas y judíos; éstos únicamente la refrescaron y le dieron mayor relieve. Es igualmente un error y una exageración, afirmar que los hebreos fueron el pueblo mejor dotado desde el punto de vista intelectual. No negamos la perspicacia intelectual particularísima que se manifiesta en la formación de las lenguas semíticas, ni el don de observación y el vuelo de fantasía asombrosos, que se descubren en la poesía de los árabes, de este pueblo que tiene expresiones particulares, imperceptibles á los demás hombres, para manifestar los menores matices del pensamiento; sin embargo, ¿quién se atrevería á postergar, á causa de esto, las disposiciones superiores de griegos, romanos y germanos?

Entonces, ¿cómo explicar que los judíos se elevasen tan alto por encima de todos los otros pueblos? La razón es tan sencilla como cierta. No se elevaron así por sus propias fuerzas, sino que fueron elevados por una fuerza más poderosa. La base de su civilización no es únicamente na-

(1) V. Stolberg en Janssen, *Stolberg seit seinem Rücktritt zur kath. Kirche*, 425 y sig.

tural; es también sobrenatural. Así nos lo dicen, no sólo la historia bíblica, que tiene tanto derecho á ser creída como cualquier otra obra de esta especie, sino también la historia profana, la geografía y la psicología.

La religión del pueblo israelita no nació en el desierto—allí le fué inculcada de nuevo, pues Abrahám, y no Moisés, fué su padre;—no se desarrolló bajo la influencia del calor tropical, ni ante la contemplación de una naturaleza extraordinariamente grande, ni en presencia de esa fuente de audaces fantasías que se llama mar, porque, para los judíos, el mar no existía, por decirlo así, aunque habitasen cerca de él. Su fe no se manifiesta por la impresión de una grandeza nacional pujante, ó de una conquista que transforma al mundo, sino que nació y creció en silencio, sin que se la notase, lentamente, en un país estrecho, que nada tenía de notable, sino su templado clima, mediana fertilidad y belleza ordinaria. Todo lo que se afirme y pueda afirmarse en materia de razones para explicar el origen natural de la religión judía, carece en absoluto de fundamento.

Por lo contrario, todo se armoniza para probar que el origen de esta religión nada tiene que ver con las suposiciones y las relaciones terrestres.

Judea era la más grande ruta por la que pasaron todos los ejércitos, todos los comerciantes, todos los exploradores. Y precisamente en el tiempo en que todos los pueblos del mundo antiguo se cruzan por su territorio, goza ella de una prosperidad que aquéllos no poseen, y que es al propio tiempo extraña á los pueblos que tienen relaciones amistosas con ella.

Esta religión se engrandecerá entre otros pueblos, bajo la opresión de la tiranía faraónica.

Vuelto á su patria, aquel pueblo enigmático, que de ella fué depositario, sólo sentirá una tentación en los días de su mayor felicidad y prosperidad, á saber, la de abandonar su religión, base de su fuerza y su ornamento, á los ojos de todos los pueblos, y la de fabricarse dioses como

los paganos, de los cuales había triunfado tan maravillosamente, gracias á su fe.

Durante el cautiverio, expuesto á los mayores peligros de contaminarse con los errores extranjeros, rodeado de los cultos religiosos más seductores, y oprimido por las más terribles persecuciones, se aferra aquel pueblo, con entusiasmo mayor que nunca, á aquella misma religión que tanto había despreciado hasta entonces.

Esto no es natural; su religión no es una religión nacional que se hubiese fabricado por sí misma, como las religiones de los otros pueblos.

Si ha habido un pueblo que no haya tenido en sí mismo ningún rasgo de espíritu especulativo, y que parezca hecho exclusivamente para la vida práctica, es sin duda alguna el pueblo judío. Y, sin embargo, precisamente es también este pueblo el que confunde á las naciones, en que es innata la especulación, con un espiritualismo religioso al que nada puede ser comparado.

Toda su civilización lleva en sí el sello de lo abstracto. Bajo este aspecto, la misma civilización china no puede compararse con ella. Nada hay en ella de concreto ó plástico; nada de régimen monárquico, hasta que lo introdujeron en él un espíritu extraño y la envidia por los otros pueblos, á despecho de los mejores hombres y de los representantes propiamente dichos del espíritu popular; ⁽¹⁾ nada de nobleza, ni de clases, ni de escultura, ni de pintura, ni de imágenes divinas. En la poesía abstracta, en el lirismo y en la árida poesía didáctica, aquel pueblo superó á todos los demás. No hay en él idea alguna de la epopeya, de la sátira y del drama. Entre sus innumerables proverbios, apenas hay algunos que, como ocurre casi siempre en todos los demás pueblos, hayan sido sacados de un ejemplo concreto ó de un acontecimiento histórico. Y, lo que es más curioso todavía, precisamente allí donde la más alta especulación se paraliza, muestra él una plástica, una concreción de ideas, que no se encuentra en ningún otro.

(1) I Reg., VIII, 5.

Cree en la existencia de un Dios único, viviente, personal, que ha creado el cielo y la tierra, que gobierna con sabiduría los destinos de todos los pueblos, y que sondea las entrañas y los corazones de todos los individuos. Si un pueblo como éste hubiese creado por sí mismo semejante religión, entonces sería posible lo inverosímil.

Desde el punto de vista de la psicología natural de los pueblos, debemos afirmar que el origen de la religión judía carece de natural explicación; por lo contrario, supone necesariamente la influencia de un poder extraño, más elevado y espiritual.

Con esto no queda probado todavía que su origen sea realmente sobrenatural. El hecho de la Revelación no prueba en manera alguna una Apologética del Judaísmo ni del Cristianismo. Los hechos históricos se prueban únicamente de un modo histórico y por fuentes históricas. La Apología tiene tan sólo el deber de demostrar que lo que aquéllos afirman no es imposible, sino que está conforme con la situación de las cosas. Si, pues, las fuentes históricas de la Revelación del Antiguo y del Nuevo Testamento explican claramente lo que la Apología da como posible, creíble y aun necesario, no les queda otro recurso á la razón y á la voluntad—ya que de ellas depende la fe ante todo—que aceptar con fe lo que la Historia certifica como Revelación divina y sobrenatural.

En este caso, caen por su base y se reducen á la nada por sí mismas las mezquinas objeciones, ya que todas tienen un valor condicional, pues se fundan en la suposición de que la Revelación es un resultado puramente natural, de un orden común y ordinario. Y esto no se refiere únicamente á la antigua explicación, muy desacreditada ahora en todas partes por su estrechez de miras, sino también á los ataques de esos escritores poseídos de la orgullosa vanidad de la moderna ciencia, cuya boca no se sacia nunca ni cesan de mirar con compasión al mundo de los fieles.

Por ejemplo, dice un crítico inglés: «Sólo en aquellos días de la antigüedad, cuando se creía que el mundo te-

nía 6.000 años de existencia á lo sumo, y que, fuera de los límites del Mediterráneo, no se conocía nada; sólo en aquellos tiempos, podía afirmarse que aquel pueblecillo, situado en un rincón entre Siria y Egipto, era el depositario de la cultura cristiana. Pero hoy, en que han desaparecido los límites de tiempo y de lugar; hoy, que en todas partes nos encontramos como en casa, gracias á la historia de los pueblos cultos y á los *Folklore* de los incultos; hoy, que podemos descubrir las señales de la Revelación en el Congo y en el Ganges, entre los compatriotas de los *wainamones* y entre los adoradores de Quetzalcoatl, hoy, semejantes ideas nos hacen sonreír». ⁽¹⁾

Semejante lenguaje parece muy elevado, pero, considerado desde el punto de vista de la historia de la cultura, no puede ser más despreciable. Todo ello no es más que la burda filosofía histórica del materialismo míope, la vieja sabiduría callejera, á la cual atacó ya Jerónimo, diciendo que no se le debía manifestar lo pequeña que era Palestina, para que no se burlase y blasfemase. ⁽²⁾

¿Como si la importancia de un pueblo consistiese en su extensión! ¿Acaso tiene la pequeña Grecia menos importancia que la gigantesca China? ¿Tan difícil es, pues, comprender que el pequeño pueblo judío, con su religión recibida por modo sobrenatural, vale más que toda la humana cultura de la antigüedad?

3. Explicaciones erróneas relativas al lugar del Judaísmo en la historia de la civilización; su influencia real en el mundo antiguo.—Consideramos, pues, sencillamente á la religión judía tal como es, como un hecho histórico, de cuyo origen ella misma ofrece el testimonio más seguro.

Pero desde el punto de vista histórico, nos interesa saber si el pueblo judío ejerció influencia sobre el mundo antiguo. ¿Qué puesto ocupó en el mundo antiguo aquel pueblo singular? ¿Debemos representárnoslo como un pueblo

(1) Review of Reviews, 434.

(2) Hieronym., Ep. 129, 4. Ad Dardan.

completamente aislado, ó bien mantuvo relaciones con los otros pueblos y ejerció sobre ellos determinada influencia?

La contestación á estas preguntas exige mucha prudencia y exactitud, ya que es muy perjudicial introducir en la Historia opiniones determinadas, ó posibilidades, en vez de hechos probados. Sobre este asunto, mostráronse muy deficientes los tiempos antiguos. Justino y otros apolo-gistas se inclinan á creer que la mejor parte de la sabiduría antigua procede de los judíos; y Clemente de Alejandría se muestra muy exagerado sobre este punto. Hasta Eusebio y Teodoreto, ordinariamente tan sobrios, no lo son menos. La inmensa sabiduría con que Huecio hace derivar de los judíos toda la cultura de la antigüedad, parece despojar al paganismo de toda significación propia.

Pero no. Esto equivaldría á introducir en la Historia el mismo tradicionalismo que, con razón, ha sido condenado por la Iglesia en el orden teológico y filosófico. Porque, científicamente, aquella derivación anticuada del paganismo como procedente del judaísmo, del mismo modo que la tendencia moderna que explica el Cristianismo como resultado de la cultura antigua, tiene tanto valor como esa despreciada majadería etimológica que hace derivar del hebreo todo nombre celta, y del holandés la palabra Eva.

La misma Revelación reconoce el desarrollo de la civilización profana y pagana como independiente en su género, pues dice expresamente que, en los tiempos que precedieron al Cristianismo, Dios dejó á los pueblos marchar por sus propias vías. (1) Cuando habla de la influencia de Dios sobre los paganos, la limita á la revelación natural en el mundo externo (2) y en la conciencia. (3) Para castigar la infidelidad de los hombres, dice, Dios quiso que, durante algún tiempo, lo buscasen y lo encontrasen como á tientas. (4)

(1) Act. Apost., XIV, 15. Cf. Ps. LXXX, 13.

(2) *Ibid.*, XIV, 16; XVII, 27 y sig. Rom., I, 20 y sig. Sap., XIII, 1 y sig.

(3) Rom., II, 14 y sig.

(4) Act. Ap., XVII, 27 y sig. Cf. Lactanc., *Inst.*, IV, 2.

Los Doctores de la Iglesia, por punto general, se muestran también de la misma opinión, aun aquellos que, en algunas cuestiones, se manifiestan demasiado rigurosos con el Paganismo. Justino dice que también algunos escritores paganos habían preparado el terreno al Cristianismo, en parte, á causa de la comunicación divina, y, en parte, por disposición especial de la Divina Providencia. (1) La sabiduría de los antiguos—dice Clemente de Alejandría—es una preparación para la verdad cristiana. (2) Lo que para los judíos el Antiguo Testamento, era para los paganos la filosofía, (3) ó, como se expresa Teodoreto, la naturaleza y la creación. (4) Hasta Agustín es de esta opinión, pues ve en la filosofía pagana una dádiva de Dios, (5) con la cual se comunicaba al mundo la verdad, ya antes de la Revelación, por lo menos según su esencia. (6)

Comprendido esto así, sostiénese la tesis de que el Evangelio no apareció repentinamente y sin preparación. Tertuliano dice con mucha razón que la preparación había sido dispuesta por Dios, y que el Paganismo había sido el vestíbulo del Cristianismo, según los designios divinos. (7)

Con esto no se quiere decir que el Judaísmo no haya ejercido influencia sobre el Paganismo; antes, por lo contrario, el pueblo judío fué uno de los principales medios de que Dios se sirvió para atraer el Paganismo al Cristianismo.

Sin embargo, llamaba la atención á los antiguos, como ya lo sabemos por Ekateo de Abdera, que los escritores paganos aparentasen no tener conocimiento alguno de los libros sagrados de los judíos. (8) Los modernos han hecho

(1) Justin., *Apol.*, II, 13. Athenag., *Legat.*, VII. Theophil., *Ad Autol.*, II, 38 (Justin.). *De resurrect.*, c. V.—(2) Clem. Al., *Strom.*, I, 17, 81.

(3) *Ibid.*, I, 5, 28; VI, 6, 41, 42; VIII, 67.

(4) Theod., *Affect. Græc.*, I, 1 (Migne, P. G., 83, 824, b, 6, 825, a). Un pensamiento muy en boga en la Edad Media del *liber S. Scripturæ, liber nature y liber conscientie*.

(5) S. Agust., *Civ. Dei*, XXII, 22, 4; cf. II, 7; *Sermo*, 141, 1, 2; 68, 3; 241, 1, 2; 365, 2.

(6) S. Agust., *Retract.*, I, 13, 3.

(7) Tertull., *Adv.*, *Marcion.*, III, 2.

(8) Hécate, *frag.*, 16 (Müller, *Fragm. hist. Græc.*, II, 385). Josefo, *Antiquit.*, XII, 2, 3. Euseb., *Præp. Evangel.*, 8, 3.